

Las ciencias biológicas

MAX BIRABÉN

NACIDO EN BS. AIRES en 1893. Se doctoró en ciencias naturales, especialidad zoología, en la Universidad Nacional de La Plata en 1917. En 1919 ingresó en la docencia en la cátedra de embriología e histología normal de la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata, de la que fue titular desde 1930 a 1946. Fue profesor titular de zoología en la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata desde 1930 hasta 1946, año en que renunció. Volvió a la docencia en 1956, siendo designado decano-interventor de la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata. Actualmente es director del Museo Argentino de Ciencias Naturales, de Buenos Aires. Presidente de la Sociedad Entomológica Argentina y de la Sociedad Ornitológica Argentina. Es autor de numerosos trabajos sobre anfibios, microfauna de agua dulce y microarañas argentinas, entre otros temas de su especialidad.

NO podríamos referirnos a las ciencias biológicas en el período de cincuenta años que finaliza en 1930, sin señalar previamente cuál era la situación existente en el país anterior a 1880, porque, precisamente, en esos pocos años las actuaciones de Domingo Faustino Sarmiento, primero como ministro de Bartolomé Mitre y después como Presidente de la República, crearon las condiciones propicias para que la Argentina abriera el camino de su desarrollo científico. Los pilares en que éste se asentó fueron la designación de Burmeister en 1862 como director del Museo Público de la provincia de Buenos Aires y la constitución de la Academia Nacional de Ciencias Exactas en Córdoba. La llegada al país en 1857 de un naturalista de los quilates de Germán Burmeister (1807-1892), permitió en poco tiempo que se organizara el Museo Público, creado muchos años antes, y que tendría ahora a su frente a uno de los hombres de ciencia más renombrados del mundo. A los tres años de actuación apareció, en gran formato, el primer volumen de los

“Anales”, y en el término de escasamente seis años otros dos, realizados prácticamente en su totalidad por Burmeister. Era algo inusitado para el país, dormido en lo que respecta a la investigación de las ciencias naturales.

En años anteriores, la valiosa obra de Francisco Javier Muñiz (1795-1871) había abierto el surco en que seguiría Burmeister. La investigación en el campo virgen de la paleontología absorbió al gran entomólogo en sus primeros años de residencia en el Plata. Tan excepcional era este notable hombre de ciencia, que fue poco menos que el único realizador de la obra escrita e ilustrada durante los treinta años de su actuación al frente del Museo Público de Buenos Aires —situado entonces en la calle Perú esquina Alsina—, más tarde Museo Nacional Argentino y hoy Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, que se levanta en el Parque Centenario, de la Capital Federal.

Sarmiento no se había equivocado en la elección y halló en él, al realizador de la obra que el país tanto necesitaba. Por ello, a los seis años de actuar al frente del Museo Público y llevado aquél a la primera magistratura, apeló a Burmeister para que encarase en base a sus ideas la renovación de la instrucción pública científica en este país y principalmente encarase la necesidad de reformar la Universidad Nacional de San Carlos, en Córdoba, agregándole una Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, con el doble fin de formar maestros aptos para enseñar dichas ciencias en los colegios nacionales y reunir, en el centro principal de la enseñanza superior, un conjunto de sabios aptos para estudiar y dar a conocer las riquezas naturales del país.

Tardó en constituirse la Facultad de la Universidad de Córdoba. No fue tarea fácil conseguir profesores alemanes que dictaran sus asignaturas en castellano; el primero llegó en 1870 y los demás lo hicieron posteriormente. Burmeister fue designado director de la Academia de Ciencias Exactas de la Universidad de Córdoba, en el deseo de continuar aprovechando los importantes servicios gratuitos que prestaba a la Nación el infatigable director del Museo Público de Buenos Aires.

Las designaciones de los primeros profesores recayeron en los doctores Max Siewert, para la cátedra de Química y Botánica; P. G. Lorentz, Weyrnbergh, para Zoología; Carlos S. Sellack, para Física; Cristian A. Vogler para Geodesia e Hidrotécnica; Alfredo Stelzner para Mineralogía y Geología y Adolfo Doering como director sustituto de Burmeister. Motivos diversos significaron el alejamiento de la mayoría de ellos y en reemplazo de los mismos fueron designados, Jorge Hieronymus en Botánica, Oscar Doering, Ludovico Brackebusch, G. Bodenbender y Hermann

Las ciencias biológicas

V. Ihering, quien después de ser designado optó por quedar en San Pablo (Brasil), donde fue personalidad de primera línea en zoología sudamericana. Academia y Facultad de Ciencias Exactas (1873-1878), y Academia Nacional de Ciencias, se llamó posteriormente ese organismo dependiente del gobierno nacional.

Con fecha junio de 1874, una vez reconstituido el cuerpo docente de la Academia Nacional de Ciencias, eleva Burmeister su renuncia a Sarmiento, para dedicar todo su tiempo únicamente al Museo Público de Buenos Aires manifestando que no podrá seguir ayudando a sus colegas venidos a este país invitados por él, y que espera seguirán el camino que les abriera e imitarán el ejemplo que les diera de trabajo perpetuo, sin intereses personales por el progreso científico de la Argentina y para dejar recuerdo honroso de la nación alemana en que nacieron.

Dos publicaciones caracterizaron a esa Academia, las *Actas*, publicación a gran formato que apareció esporádicamente y, con mayor regularidad, el *Boletín*. Después de un período de gran florecimiento, de 1874 a 1879 siguió una etapa de decadencia, de 1890 a 1914, fecha en que surgió en plena prosperidad hasta 1930.

En 1875 la Academia se incorporó a la Universidad de Córdoba como Facultad y los profesores de la misma formaron parte del claustro universitario. En el año 1878 volvió a recuperar la autonomía como Academia de Ciencias y el cuerpo docente quedó en la Universidad como Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas. En ese ambiente trabajaron Pablo Lorents, Jorge Hieronymus, H. Weywnbergh, Alfredo Stelzner, Adolfo y Oscar Doering, Federico Kurtz, Luis Brackebusch, Guillermo Bodenbender, Federico Schickendanz, etc., los cuales orientaron la investigación de la fauna, la flora, la minería y la geología del país.

El tercer acontecimiento y de muy grande importancia en el desarrollo de las ciencias biológicas en la República Argentina lo constituyó la creación del Museo de La Plata. Una vez federalizada la Capital Federal las autoridades de la provincia de Buenos Aires se trasladaron a la nueva capital, La Plata.

Contando con la base de las colecciones privadas de Francisco P. Moreno, que fueron donadas por el mismo en 1877, en mayo de ese año el ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires D. Vicente G. Quesada, en mensaje dirigido a las Honorables Cámaras Legislativas, decía: "Si el tesoro público lo permitiese, os propondría la creación de un Museo de antigüedades americanas para guardar en él las curiosidades arqueológicas y antropológicas que se descubran en nuestros territorios

todavía inexplorados, vestigios de un pasado perdido y cuyas reliquias clasificadas científicamente, servirían para la solución de complicados problemas. Hago votos para que esta institución pueda crearse, cuya base podría ser el Museo formado por el señor Francisco P. Moreno. Lo que ha hecho el interés individual a favor de la ciencia, podría hacerlo con más amplitud la autoridad”.

La ley, promulgada el 17 de octubre de 1877 en Buenos Aires, aceptó la donación de D. Francisco P. Moreno, y éste fue designado Director del Museo Antropológico y Arqueológico de la provincia de Buenos Aires. Transcurrieron varios años y por decreto de 19 de septiembre de 1884, la Biblioteca y el Museo Público de la Provincia, dirigido éste por Burmeister, fueron transferidos al gobierno de la Nación. La provincia de Buenos Aires, sin pérdida de tiempo, empezó a formar los establecimientos que habrían de reemplazar a los cedidos.

El 19 de noviembre de 1882 tiene lugar la fundación de La Plata e inmediatamente el gobernador D. Carlos d'Amico le encargó a Francisco P. Moreno, proyectase, en mayo de 1884, un Museo para reemplazar en el más corto espacio de tiempo el Museo Público de Buenos Aires, pasado a depender del gobierno nacional en local cedido por la Universidad.

Moreno procedió a trasladar su propio Museo Antropológico y Arqueológico a la flamante capital de la Provincia, aún sin caminos adecuados, empleando para ello los rudimentarios carros de entonces, pero movido por un entusiasmo excepcional y una férrea voluntad. Escribía: “He sido tratado de megalómano porque he pensado dotar a mi provincia natal de un gran Museo dedicando mi vida a conseguirlo. Es cierto que he pensado grande y que lo que he publicado sobre ello puede entrar, o más bien entra como una institución ideal, pero quien conozca la rápida marcha adelante de este país y las sorpresas que sus mismos hijos hemos experimentado al notar sus grandes progresos, en los que muchas veces hemos sido actores inconscientes, debiéndolos en mucha parte a los favorabilísimos medios físicos en que nos desenvolvemos, no se sorprenderá de la tentativa mía, y aún más, puede que la considere realizable como yo lo creo”. Y luego añade: “Alguna razón había sin embargo para considerar demasiado vasto este plan cuando sólo se conocía aquí el Museo Público de Buenos Aires, inmensa acumulación de riquezas reunidas en un reducido edificio, donde por la escasez del local, se encuentra la faja ensangrentada del general Lavalle al lado de una magnífica mandíbula de mastodonte y donde se refleja el esqueleto de un Scelidoterio en el cristal que

Las ciencias biológicas

cubre los restos de una momia egipcia cargada de geroglíficos; museo en el que su sabio director recién empieza a ver reconocido su continuo sacrificio, (por que lo es y grande el tener que presenciar tal promiscuidad de elementos sin poder poner remedio) con la entrega de las varias salas de la antigua Universidad que se le ha hecho últimamente como principio de un gran ensanche que permita el arreglo conveniente de tantas y tan valiosas colecciones, relegadas a los depósitos por falta de local adecuado. Pienso que no he perdido el tiempo y que el Museo de La Plata puede considerarse como ya nacido. Lo que necesita ahora es darle fuerza para crecer. Los elementos para conseguirlas empiezan a reunirse y si la labor actual continúa del mismo modo como hasta el presente, progresando en la misma proporción con los mayores recursos con que se le ha de dotar pronto, espero poder decir en breve tiempo que el primitivo plan se ha realizado y que Sud América cuenta con algo que se aproximará en cierta manera a la gran institución Smithsoniana del Norte". Y agrega, que la situación geográfica de la República Argentina nos facilita la tarea. Las condiciones de su extenso suelo que contiene casi todas las formaciones geonósticas conocidas, favorece la reunión de materiales paleontológicos de un valor científico verdaderamente grandioso, y harán que el establecimiento que se consagre a reunirlos, sea un centro indispensable de investigación. Añade además, que toda persona que se dedique a escudriñar el pasado austral forzosamente deberá examinar sus colecciones y los que inquieren la vida humana pre-colombiana harán igual cosa. Sin el conocimiento paleontológico y antropológico de lo que es hoy la República Argentina, no es posible trazar, ni siquiera a grandes rasgos, el pasado de América porque esto solo puede hacerse examinando las riquezas acumuladas en el Museo Público de Buenos Aires (hoy Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia) y en el de La Plata.

Fundado el Museo de La Plata en septiembre de 1884, fue tarea de pocos años construir su magnífico edificio, dotarlo de vitrinas y de riquísimas colecciones, donadas por el propio fundador y reunidas por él mismo y por los primeros colaboradores, y por cierto en una época en que no era fácil viajar en el país, sin medios de comunicación porque el mismo no era conocido suficientemente y el problema del indio en esa época significaba un riesgo indudable.

El mismo Moreno conocía mejor que nadie la Patagonia desde su famoso viaje de 1877, cuando descubrió el Lago Argentino, en Santa Cruz, y en nuevos viajes personales o expediciones realizadas con la colaboración de Santiago Pozzi, Clemente Onelli, Juan Iovich, Francisco Larumbe, Carlos Ameghino, Antonio Steinfeld y Eduardo Botello.

Nuevas exploraciones en la provincia de Buenos Aires dotaron al Museo de La Plata de colecciones inestimables de paleontología que se enviaron por carro, —no había otra forma de hacerlo— la campaña del desierto fue posterior, no era cosa simple, aún viajar, por la provincia de Buenos Aires. Hubo además donaciones importantes como la de Estanislao S. Zeballos que comprendió todas las piezas que formaban su rica colección antropológica particular, considerada como la más valiosa que hubiera recibido el Museo de La Plata en los seis años transcurridos desde su fundación. Dice Moreno: “El decreto de fundación del Museo de La Plata lleva fecha de septiembre de 1884, como se ha dicho, y desde esa fecha transcurrieron cinco años para que el edificio estuviera terminado en su interior y he instalado en él nuestras principales colecciones. Para obtener este resultado he trabajado incesantemente dedicándole todo mi tiempo y mis fuerzas sin titubear ante tarea tan ardua como lo es la de reemplazar el Museo de Buenos Aires, y debo declararlo, no lo hubiera llevado a cabo como creo haberlo conseguido sin la eficaz colaboración de los poderes públicos y la labor inteligente y entusiasta, salvo desgraciadas excepciones, del reducidísimo personal que he tenido a mis órdenes, el que con mucha generalidad ha duplicado diariamente el horario que rige en la administración de la Provincia.”

El largo conocimiento de Francisco P. Moreno, que actuara como perito argentino en la cuestión de límites con Chile, le permitió reunir una colección fabulosa, particularmente de mamíferos fósiles, que significaron para el nuevo Museo disponer ya desde su iniciación del más preciado tesoro. La extraordinaria actividad desarrollada por el escaso personal de taxidermistas, osteoarmadores, preparadores, permitió con inusitada celeridad, dar cima al más extraordinario museo, tanto, que en pocos años más fue conceptuado uno de los más importantes del mundo.

Para comprender bien el valor del esfuerzo cumplido, en esos escasos cinco años en que se construyeron los cimientos y sus tres plantas monumentales y hermosas, se instalaron las vitrinas de madera que hubieron de traerse de Europa, que en poco tiempo más se vieron llenas por millares de piezas llegadas por pésimos caminos, venciendo distancias de centenares de kilómetros y sorteando los peligros habituales de la época.

La visión de Moreno fue tan extraordinaria, que al mismo tiempo que se planeaba, se coleccionaba y se organizaba todo lo que compete a un museo de historia natural y no se olvidó la parte de impresión por cuanto en 1890, apareció el primer tomo de la revista, realizado totalmente en los propios talleres del Museo, donde se imprime también la parte ilustrada.

Las ciencias biológicas

A pasos agigantados el gran museo estaba en camino. Desde años antes, se hicieron venir los investigadores europeos que bien pronto elaboraron sus trabajos, tanto, que en el tomo primero aparecen trabajos de Alcides Mercerat, encargado de la Sección Paleontología, que estudia material patagónico obtenido por Francisco P. Moreno y Carlos Ameghino. En el mismo tomo aparecen trabajos de Félix Lynch Arribalzaga, Samuel Lafone Quevedo. En años sucesivos, contando el Museo de La Plata con los especialistas que se hicieron venir de Europa, la producción científica fue acrecentándose; trabajaron también para el Museo investigadores que habían venido al país para actuar en problemas vinculados a la cuestión de límites con Chile: Fernando Lahille, Carlos Spegazzini, Carlos Bruch, Julio Koslovski, Santiago Roth, Roberto Lehmann-Nitsche.

Al constituirse la Universidad Nacional de La Plata, fueron sus puntales los dos grandes institutos provinciales: el Museo y el Observatorio Astronómico. Más de quince años había durado el esfuerzo de Francisco P. Moreno, pero el progreso del país tuvo sus exigencias ya que dos universidades nacionales no eran suficientes para satisfacer la necesidad de estudios superiores. El Museo tuvo que transformar sus secciones para que se pudieran impartir las enseñanzas respectivas y se constituyeron en el mismo las Escuelas de Ciencias Naturales, de Ciencias Químicas (en la que se cursaba Farmacia) y la Escuela de Dibujo. Los profesores fueron algunos de los que habían actuado en el instituto provincial, como los doctores Carlos Bruch y D. Santiago Roth y los nuevos, el doctor Miguel Fernández y el farmacéutico Augusto Scala, que enseñaba botánica.

Primer director en la naciente época universitaria es designado Samuel Lafone Quevedo, lingüista y arqueólogo, que había actuado desde los primeros tiempos del Museo provincial. Le sucedió en 1920 el doctor Luis María Torres, arqueólogo y etnógrafo, que quedó al frente del Instituto hasta 1932 en que fue designado director el doctor Joaquín Frenguelli, investigador múltiple, botánico, zoólogo y geólogo, cuyos estudios sobre diatomeas le dieron justo renombre. El doctor Frenguelli quedó en la dirección hasta algunos años después de 1930.

El Instituto del Museo de La Plata quedó transformado en Facultad de Ciencias Naturales, exclusivamente, al constituirse la Facultad de Ciencias Químicas y al pasar a Bellas Artes la primitiva Escuela de Dibujo, que funcionó como dependencia de la Escuela de Ciencias Geográficas. Evidentemente el gran número de estudiantes que se inscribieron en el doctorado en Ciencias Naturales, incidieron en el Museo en su condición específica.

En lo que respecta a la enseñanza, jugó un papel trascendental, desde la primera hora, la influencia del doctor Miguel Fernández, joven investigador que se incorporó al Museo de La Plata en 1906, precisamente al nacionalizarse la universidad local.

Fernández se había formado en los centros más importantes de Europa, especialmente en Alemania y en Suiza, en cuya Universidad de Zurich había seguido las enseñanzas de un maestro extraordinario como Arnold Lang, quien, consultado en 1905, respondía que consideraba a Fernández como la persona indicada desde todo punto de vista para desempeñar el cargo de zoólogo; que había sido uno de sus mejores alumnos, si no el mejor, y que había realizado una tesis muy superior, publicada en una de las revistas alemanas más nombradas, y destacaba que había obtenido su título con la clasificación de sobresaliente, lo que en Zurich raramente acontece. De él dijo: "Es muy inteligente y una cabeza superior". Esta fue la presentación del que juzgo el profesor de zoología más extraordinario que ha tenido nuestro país. Fernández sostenía que era imposible ser investigador de las ciencias naturales sin la especialización, y logró imponer su punto de vista de modo que en el doctorado en Ciencias Naturales había que hacer los cursos correspondientes a zoología, botánica, geología y antropología.

No existía paralelo alguno de la enseñanza de la zoología que impartía el insigne maestro, con el de las otras especialidades. Por ello no era raro que a sus clases superiores concurrieran los que fueron después destacados profesores universitarios de diversas especialidades, como Lorenzo Parodi, Vicente y Carlos Ruiz, Herberto Prieto Díaz, María Isabel Hylton Scott, Ernestina Langmann, Albina Bonjour, etc. Defendiendo su convicción sobre la necesidad de la especialización en carreras como las ciencias naturales, dejó sus cátedras de zoología y de anatomía comparada de la Universidad de La Plata, donde actuara brillantemente durante casi 20 años, y se trasladó a la Universidad de Córdoba, en la cual se había creado un clima que colmaba sus aspiraciones y, por 17 años más, continuó impartiendo enseñanza este sabio profesor, prácticamente hasta el momento de su muerte ocurrida en 1950.

Para dar una idea de la calidad de Fernández, quiero destacar los cursos que seguimos los que fuimos sus alumnos entre 1911 y 1916: zoología general, anatomía comparada, embriología de vertebrados, invertebrados, biometría, genética y evolución; además, dos años de trabajos prácticos en zoología, con concurrencia diaria al laboratorio y la tesis dos años bajo la dirección permanente del excepcional profesor. Quiero

Las ciencias biológicas

destacar con esto lo que se hacía hace más de 50 años en la enseñanza de la zoología en el Museo de La Plata; evidentemente, después de eso, hemos ido hacia atrás. Agreguemos, en unas pocas líneas, al recordar al eximio maestro, la trascendencia de su obra impar: descubrimiento de la poliembrionía específica en los mamíferos; origen mesodérmico del aparato vascular de los vertebrados; origen del pelo y de las placas dérmicas en los desdentados, entre otras importantes investigaciones.

EL "PERIÓDICO ZOOLOGICO"

Muy ligado al *Boletín* de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba aparece en 1874 el *Periódico Zoológico*, con el subtítulo de Órgano de la Sociedad Entomológica Argentina, modificado al año siguiente por Órgano de la Sociedad Zoológica Argentina. Era la primera publicación de ese carácter que se publicaba en nuestra República. El primer tomo es puesto bajo la advocación de Sarmiento: "A son Excellence M. le docteur "D. F. Sarmiento, president de la Republique Argentine, le promoteur "zélé de la civilisation et des Sciences. Le premier tome de ses Archives "Zoologiques lui est dedié avec la plus haute consideration de la Societé "Entomologique Argentine. Mai 1874."

Su promotor es el doctor H. Weyenbergh y una comisión que él preside, formada por D. H. Oldendorff, Dr. Adolfo Doering y D. M. Argüello, y una comisión honoraria por el Dr. R. H. Philippi, de Santiago de Chile; Prof. Dr. L. J. R. Agassiz, de New Cambridge; Dr. Carlos Darwin, de Londres y E. Oldendorff, jefe del Departamento Nacional de Agricultura y como miembros activos, entre otros, los doctores Guillermo Rawson y Dr. Eduardo Ladislao Holmberg. Aparecen artículos en su mayoría de H. Weyenbergh, de diversa índole particularmente entomológicos; de Adolfo Doering sobre moluscos; de Eduardo L. Holmberg sobre arácnidos.

SOCIEDAD ARGENTINA DE HORTICULTURA

En 14 de enero de 1877 se fundó en la ciudad de Buenos Aires la Sociedad Argentina de Horticultura, encargada de velar por los intereses generales de la horticultura y de estudiar la flora argentina en sus aplicaciones en la medicina y en la economía. En 1879 inició la publicación de sus "Anales" y su primera comisión directiva estuvo presidida por el general Julio de Vedia y por el doctor Carlos Berg.

SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA

El 28 de julio de 1872 se constituyó la Sociedad Científica Argentina por la acción de un grupo de estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, encabezados por Estanislao Severo Zeballos (1854-1923), reunidos en el Colegio Nacional y fue designado su presidente el ingeniero Luis H. Huergo. Los fines que perseguía la entidad fueron establecidos por Estanislao S. Zeballos en sus Estatutos: 1) Fomentar el estudio de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, con su aplicación a las artes, a la industria y a las necesidades del país. 2) Estudiar las publicaciones, inventos o mejoras científicas y en especial las que tengan una aplicación práctica en el país. 3) Reunir con este objeto a los ingenieros argentinos y extranjeros, a los estudiantes de Ciencias Exactas y a las demás personas cuya ilustración científica responda a los fines de la corporación.

De acuerdo con esos objetivos la casi centenaria Sociedad Científica Argentina ha realizado una meritísima labor en el campo de las Ciencias Naturales, ya que las primeras figuras científicas actúan en ella desde la primera hora. Baste citar los nombres de Germán Burmeister, Carlos Berg, Florentino Ameghino, Angel Gallardo, Eduardo L. Holmberg, los Lynch Arribálzaga, Francisco P. Moreno, Cristóbal M. Hicken, Carlos Spegazzini, Juan B. Ambrosètti, Martín Doello-Jurado, sólo para citar unos pocos. Los *Anales* son un real testimonio de lo que aquí brevemente se enuncia.

SOCIEDAD ARGENTINA DE CIENCIAS NATURALES

La Sociedad Argentina de Ciencias Naturales se constituye como Sociedad Physis el 1º de julio de 1911 y sus bases son aprobadas el 10 de agosto del mismo año, con la presidencia del Dr. José María de la Rúa y la secretaría general de Marina Doello-Jurado, que funciona en el laboratorio de zoología de la Facultad de Ciencias Naturales, en Perú 222. Con fecha 30 de abril de 1912 aparece el primer número del "Boletín de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales", bajo la dirección del presidente de la Rúa, el segundo tres meses después y al finalizar el año 1912, el tercero.

Se completa el primer volumen con más de 600 páginas, en ocho partes, hasta el año 1915, con artículos de Angel Gallardo, Eduardo L. Holmberg, Carlos Marelli, Cristóbal M. Hicken, J. M. de la Rúa, Juana G. de Dickmann, Juan Brethes, Horacio Damianovich, Carlos Lizer, Carlos Bruch, Martín Doello-Jurado, Guido Bonarelli, Pedro Serié, etc. Es decir que la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales llegaba con su

Las ciencias biológicas

revista *Physis* a llenar un vacío para los jóvenes investigadores argentinos. En cambio las publicaciones del Museo Público de Buenos Aires, las del Museo de La Plata y de la Academia de Córdoba, recibían sobre todo el aporte de excelentes investigadores extranjeros, y habían abierto el surco que tan grandes frutos daría pocos años después.

En 1916 se realizó la Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, en la ciudad de Tucumán. Fue su presidente el doctor Angel Gallardo y el Secretario Martín Doello-Jurado. Sus secciones fueron: Geología, Geografía y Geofísica: Ing. Enrique Hermitte; Paleontología, D. Carlos Ameghino; Botánica, Cristóbal M. Hicken; Zoología, Dr. Eduardo L. Holmberg; Biología General, Anatomía y Fisiología, Prof. Juan Nielsen; Antropología, Juan B. Ambrosetti; Ciencias Físico-Químicas, Enrique Herrero Ducloux.

La Sociedad que había nacido cuando poco estímulo existía en el país para el cultivo de las ciencias naturales por argentinos, se acreditó extraordinariamente por la acción tesonera de Angel Gallardo, Florentino Ameghino, Eduardo L. Holmberg, Cristóbal M. Hicken, para citar sólo los que deben figurar en primera línea. Sus presidentes hasta 1930 fueron: José María de la Rúa, Martín Doello-Jurado, Franco Pastore, Angel Bianchi Lischetti, Juan José Nájera, Carlos Lizer, Milcíades Alejo Vignati, José F. Molfino, Lorenzo Parodi, Lucas Kraglievich, Angel Cabrera.

SOCIEDAD ORNITOLÓGICA DEL PLATA

La Sociedad Ornitológica del Plata fue constituida el 28 de julio de 1916 por un pequeño grupo de ornitólogos reunidos en el Museo, por iniciativa de Angel Gallardo y con sede en el Museo Argentino de Ciencias Naturales. Su revista se llama *El Hornero* y apareció regularmente hasta el año 1930. Su primer presidente fue el ornitólogo Dr. Roberto Dabbene, que dirigía, asimismo, *El Hornero*, y sus presidentes, sucesivamente, Martín Doello-Jurado, Pedro Serié y Jorge Casares.

SOCIEDAD ENTOMOLÓGICA ARGENTINA

La Sociedad Entomológica Argentina fue fundada el 4 de septiembre de 1925, siendo su primer presidente el Dr. E. D. Dallas. Los propósitos de su creación son el estudio sistemático, biológico, económico y aplicado de los insectos en general de la República Argentina. El 30 de junio de 1926 aparece su Revista. En 1927 es elegido presidente don Alberto Breyer, que por muchos años dirigió la institución.